



LOS DULCES DE COLORES.

Mala fué últimamente para Luisito la noche llamada Noche-Buena por ser aniversario de aquélla en que nació el niño Jesus.

Y sin embargo, ¡cuánto se había divertido durante el día, y cuántos goces se había prometido para la ruidosa noche, siquiera no fuera más que porque sus papás, cediendo en la jamás quebrantada regla, le prometieron que se acostaría tarde!

Allí, encerrados en el oscuro interior del cartapacio, se hallaban los libros del colegio, esos papelotes llenos de tantas y tantas letras, hechos nada más que para martirio de Luisito. ¡Que no pudiera él castigarlos á eterno olvido! Pero á bien, que lo ménos en diez días no tenía ni por qué mirarlos.

Ahora todo brindaba á la diversion. ¡Sin duda que Luisito iba á

pensar en otra cosa que tambores, villancicos, aguinaldos, belenes de carton pintado, árboles de Moisés, cajas de sabrosos dulces, regalos infinitos, comedias, y todo ese torbellino de recreos y delicias que llevan consigo las Pascuas!

La cena fué como no recordaba de otra. Los abuelitos, los tios, los primos, la familia entera se veía en derredor de la mesa.

¡Cuánta gente, qué profusion de luces, qué ruido de platos y conversaciones, qué batería de botellas con vinos de hermosos colores, qué de manjares á cual más exquisito!... ¡vamos, si aquello era para volver loco á cualquiera, y hacer vacilar la cabeza más firme!

Los papás del niño, ocupados en atender á los convidados, confiaron á la abuelita el cuidado de aquél; y ya se ve, como es muy zalamero

y caprichoso, hizo cuanto quiso y comió de todo lo que se le antojó.

¡Qué atracón tomó de dulces! No respetó ninguno, incluso los que la abuelita le dijo que guardase. ¡Verdad es que eran tan bonitos! Aquellas mariposas de encantadoras alas, y que se balanceaban sobre espirales de hilillo dorado; aquellas flores de anchas y vistosas hojas que parecían como si buscaran la vista; aquellas figuritas, de coquetonas vestiduras, aplastadas sobre láminas de azúcar, como esas estatuas sepulcrales que se ven aplastadas sobre los sarcófagos antiguos... todo fué implacablemente devorado por Luisito. Sus dientes deshaciendo tanto animalito, planta y figura de azúcar, para luego sepultarlo en el estómago, parecían los años que sin parar destruyen todos los seres y los arrojan para siempre en el olvido.

—Pero ¡ay! que después vino lo malo.

¡También es mucho que no ha de haber exceso sin castigo! Y el de Luis no se hizo esperar.

¡Pobrecito! ¡qué malo se puso, y qué dolores de vientre le acometieron!

Cuando el médico, llamado con grande urgencia, acudió en su auxilio, creyeron todos que se moría.

Echadito sobre la cama grande y dorada de sus papás, retorciase

el angelito en convulsiones como se retuerce una tira de papel cuando se quema; su boquita descompuesta arrojaba sin parar agudos gritos; sus cabellos de oro estaban pegados por el sudor que le bañaba la cabeza; sus grandes ojos azules giraban extraviados de uno en otro lado como suplicando alivio... ¡ay! ¡qué cuadro tan desgarrador ofrecía el infeliz niño, y qué espanto se apoderó de sus padres al verle sufrir así!

¿Qué sería aquello? sin duda un cólico; pero ¿qué lo había causado?

El médico no se anduvo con mimos. Sujetó á Luisito; le hizo abrir la boca mucho y sin compasión; le metió un dedo, pero tan adentro, que el enfermito creyó que iba á reventar de tantos esfuerzos, angustias y sudores como le entraron, hasta que medio ahogándose arrojó el contenido de su estómago.

Luisito apenas podía mirarlo, pues era tan feo, de tantos colores y de tan mal olor que hubo que verterlo en seguida.

No por esto cesaron del todo los sufrimientos. Después de examinar lo vomitado, y de preguntar á la abuelita y de registrar los bolsillos del niño, le dijo el médico—¡horror!—que se había envenenado con aquellos dulces que le parecieron tan hermosos.

Al fin Luisito se curó, pero no

sin pasar grandes sufrimientos, y tomar muchas medicinas amargas, y permanecer en la cama todo el tiempo de las Pascuas destinado á divertirse, y haber tenido en continuo miedo á sus papás.

Desde aquel día Luisito ha cobrado un odio mortal á los dulces

de colores, y cuando ve alguno, suele exclamar:

—Mamá dice que esos dulces son como el vicio, muy bonitos por fuera para seducir, pero que envenenan al que los come. Yo sé que hacen daño.

DR. A. PULIDO.

EL ARCA DE NOÉ

I.

Aquel día sí que estaba alegre y contento Pepito: era el de su santo, y aunque le habia parecido que tardaba mucho en llegar, por fin se echó encima trayendo en sus brazos una carga de juguetes, formada por los que le prometieran sus parientes y conocidos.

¿Vosotros no conocéis á Pepito?... Pues voy á presentárosle. Su cuerpo es débil como los sazonados manjares de que se alimenta y como los perfumes de que están saturadas las habitaciones en donde respira. Su rostro es pálido, muy pálido. Ni el aire puro del campo ni los rayos tibios del sol han oscurecido el blanco mate de su tez; pero si ningún sello del sol tiene en su semblante, en cambio tiene todos sus rayos en su cabecita graciosa y ligera como la de los niños que concebían los grandes pintores para sus cuadros místicos.

Pepito es un niño de siete años y ya sabe que es hijo de un duque, y que él, si sobrevive á su padre, llevará el título con que se adorna su apellido. Sabe que su padre tiene muchas tierras, y aunque él no las ha visto, adivina cuanto valen. No ignora que su padre posee coches muy grandes y caballos de carne, y que coches y caballos sólo están en el mundo para distraer al autor de sus días. Ha oído que los vestidos y las joyas que su mamá usa para ir al teatro, valen una fortuna. Sí, señor. Pepito lo sabe todo; pero jamás le dijeron que habia muchos, muchos pobrecitos en este pícaro mundo, que no tienen pan que llevarse á la boca ni telas para cubrir sus carnes, mutiladas por la intemperie; ni techo, como los caballos de su padre, donde guarecerse del frío y de las nieves del invierno. Pepito no sabe esto: ¿qué ha de saberlo? y además; ¿qué falta le hace?...

Jamás ha soñado que con el anillo que lleva su mamá en el dedo del corazón, se puede hacer felices á más de cuatro familias, para las cuales la vida no es sino un infierno poco duradero...

II.

Muñecos vestidos de abigarrados colores rodeaban al hijo del duque, que aguardaba en su cuarto de juguetes á que le llamaran para que le felicitasen de nuevo y de nuevo le dieran muestras del cariño que le profesaban.

Y cuidado que ya podía estar satisfecho. Tenía tres polichinelas y cuatro cajas de monigotes, y esto sin contar los que le restaban del año pasado.

Pero ¡bah!... éstos,—unos enteros y otros sin cabezas ó sin piernas,—estaban tirados en un rincón, llorando su olvido y su vejez.

Sobre todo las muñecas, aunque se conformaban á vivir sin piernas, no podían tolerar que el carmín de su rostro palideciera ni que sus cabezas se quedaran calvas.

Cuando una con otra disputaban en un rincón y se echaban en cara la poca influencia que ejercían en su pequeño sultán, como se podría llamar á Pepito, lo que más les llegaba á sus corazones de trapo ó serrín era que las llamaran viejas.

Los muñecos se conformaban con su suerte. Comprendían que perte-

necían á una generación próxima á desaparecer, á la que otra reemplazaba. ¿No pasaría lo mismo á la que comenzaba á vivir?...

Pepito esperaba más regalos, y hacía bien en esperarlos. Sabía que su mamá había ido á casa de Sebastian y Medel y esperaba su vuelta con ansia. Le había prometido complacerle, que era bastante prometer.

Tenía Pepito, como dijimos, tres polichinelas á su lado, recuerdos de personas que debían quererle mucho. Pero nosotros sabemos la verdad; y si nos gustare andar con chismes, diríamos que el muñeco vestido con seda verde (que era el mejor de todos), se le había mandado comprar, á un criado suyo, una tía solterona, que en más de una ocasión había deseado la muerte del tierno párvulo. Que el otro, vestido de raso blanco y que valía un dineral, se le había regalado el administrador de su padre con dinero *suyo*; y que el más pequeño, que era muy modesto, se le llevó una pobre vieja, antigua criada de la casa, que había visto nacer á su padre y que profesaba al hijo un verdadero cariño.

Pero si este muñeco tenía más mérito á nuestros ojos y era el que más se debía de agradecer, era también el más despreciado y el peor visto de todos. Claro... ¡estaba vestido de lana! ¡De lana y ponerle junto á los otros!...

Por eso Pepe, cuando llegó su mamá, le tiró en un rincón y corrió con los otros dos á la puerta á esperarla.

III.

—Mira, hijo mío, mira lo que te traigo: ¿te gusta?...

—¡Qué bonito es este!... ¡qué lindo el otro!... ¿Pues y este?... — gritaba el niño batiendo palmas, viendo cada uno de los juguetes que su mamá le daba.

Dí, mamá, ¿qué es lo que llevas ahí envuelto en ese papel?

—¿Y qué te importa, bribonzuelo?...

—¡Dímelo!... ¡anda! ¡dímelo!—

—¿Tú no te acuerdas ya de tu amigo Pepito?

—¿El hijo del portero?

—Justamente.

—Sí... sí; pero como ya hace bastante tiempo que no juega conmigo... Por supuesto que yo me alegro, porque no sabía más que romperme los juguetes.

—Pues hoy, que es su santo, voy á regalarle esto.

Y sacó de entre los papeles que la envolvían toda una arca de Noé con un sin número de animalitos.

(Se concluirá.)

PEDRO GROIZARD.

GALERÍA DE DESGRACIADOS.

XIV.

El Director de un periódico.

SAINETE CÓMICO-SENTIMENTAL

La escena representa una redacción cualquiera.
Epoca, siempre.

I.

—¿Está el Director?

—Yo soy.

—Con permiso... Yo venía...

—Usted dirá.

—Por leerle...

—Perdone; estoy muy de prisa
Y no puedo...

—Seré breve;

Se trata de una poesía...

Yo soy muy aficionado.

—Lo supongo. (¡Dios me asista!)

Puede, si gusta, dejarla...

—Es que le agradecería

Me oyese...

—Me es imposible...

—Escuche usted: «A María.»

—(No hay remedio.)

—«Luz brillante,

Clara estrella peregrina,
Astro puro de mis noches,
Sol hermoso de mis días...»

—No se moleste: ya puedo

Juzgar de su... (astronomía.)

—¿La publicará?

—Si tengo

Tanto original...

—(Envidia.)

Ya ve que es buena.

—Si, veo.

(Y reniego de mi vista,
Que para ver tanto necio
Bien poca se necesita.)
Dispéñeme, señor mío,

Me esperan...

—Vendré otro día.

—¡No, por Dios!... No se moleste,
Quise decir...

—Un artista

No se molesta de nada...

—Beso á usted...

—¡Hasta la vista!

II.

—¿Señor Director?

—¿Qué hay?

—Una carta que han traído.

—Veamos: una tarjeta

Y originales: «Le pido

(En la tarjeta le escribe

Nada ménos que un Ministro,)

Publique ese original;

Es del hijo de un amigo

Que es diputado influyente...

¡Ya ve usted qué compromiso!...

Yo lo espero, y miles gracias

Por el favor le anticipo!.. »

Los hombres de nuestros días.

¡Pues no dice nada el título,

Si ha de pintarlos á todos!...

«Nos proponemos decirlo

Todo,» comienza muy serio

El autor. Pues hombre, dílo,

Dice el pobre Director

Mirando el papel escrito,

Pero á mí no me lo digas.

¿Qué delito he cometido

Para escuchar tus sandeces

Porque le plazca al Ministro?...

Nada, que no se publica

Y salga el sol... Mas ¿qué miro?

Esta firma... el diputado

Es el que pidió un destino

Para mí, para mi hermano,

Es igual, será preciso...

Pero esto es malo, muy malo,

Acaso no sea leído,

Y así salgo del apuro

Y voy ganando un amigo.

A la imprenta... ¡Qué demonio!

Si contra él truenan los críticos...

Pero ¿qué estoy yo diciendo?

¿Quién juzga un articulillo

Que adula á la situación?

No hay miedo; puedo tranquilo

Estar: ¿quién tiene el mal gusto

De leer este soporífero?...

III.

—¿El Director de?...

—Aquí está.

—Yo soy el autor del suelto

En que se habla de la Patti...

—Muy señor mío.

—Y deseo

Se rectifique una frase,

Una errata; dice *eso*

Donde debe decir *esa*,

Y ya ve usted...

—Lo que veo

Es que ni *esa* es una frase

Ni hace falta...

—Pues yo entiendo

Que el autor queda en ridículo,

Que es preciso...

—Yo no puedo

Perder el tiempo; dispense...

—Pero es preciso, yo quiero

Que se aclare: donde dice...

—Ya oí; donde dice *eso*

Debiera de decir *esa*...

—Precisamente.

—Yo creo

Que para el caso es lo mismo,

Y es imposible ir diciendo...

—Pero entónces el autor...

—¡Si nadie guarda recuerdo

Hoy de lo que ayer leyó!...

—Perdone usted, mas yo creo...

—En fin, que aquí no hay costumbre

De rectificar; lo siento...

—Pues no cuente más conmigo...

—(Mejor.) ¡Oh! Yo nunca cuento

Con nadie...

—Muy buenos días.

—Vaya usted... (á los infiernos...)

IV.

—¿Señor Director?

—No estoy

Para nadie...

—Es una dama.

—Pues diga usted...

—Me ha seguido

Y está aquí...

—(Sólo faltaba

Esto.)

—Señor Director...

—Señora... (Pues si es... ¡Ya escampa!...

Como ella venga de humor,
Para rato tengo charla.)
Dígnese tomar asiento.
—Así estoy bien, muchas gracias.
Vengo á decirle que tengo
La traduccion acabada
De la novela francesa
Donde se roba, se mata,
Se vota, se hace de todo,
Para acabar... Y empezada
La novela original
De que en mi carta le hablaba.
Terminada una poesia
Y un artículo, y un drama,
Y un estudio de viajes,
Y una...

—Por la Virgen santa,
Señora, tome usted aliento...
No puedo admitirle nada
Por hoy, y lo siento mucho;
Pero á la verdad me espantan
Los compromisos que tengo...
—Señor Director, me extraña
El que usted mi original
No acepte, cuando de Francia,
De Lóndres, de Liverpool,
De Pekin y hasta de Jáuja
Me piden á mi trabajos...
Mire usted, mire usted cartas...
—Señora, no es necesario,
Yo no dudo... á mí me basta...
—Lo que sucede aquí es
Que no se protege á España,
Que en vez de apoyar ustedes
Al que modesto trabaja,
Le abandonan, le denigran...
—¡Señora!...

—Sí, le rebajan...
—En fin, señora, acabemos...
—Yo he de hablar: ¡caiga el que caiga!
No he de morderme la lengua,
Se ha de saber.

—¡Esto pasa
De regla!... Por San Antonio,
Señora...

—Y usted me falta
Con hablarme de ese modo;
Yo soy incapaz...

—Se acaba
Mi paciencia... En fin, señora,
Beso sus piés...

—No faltaba...
Mándeme usted por un coche,

Que está muy léjos mi casa.

—Sí, señora, mandaré...
(Y pago porque se vaya.)

V.

—Hola, querido, ¿qué tal?

—Hombre, estoy desesperado.

—¿Qué te pasa?

—Que entre unos
Y otros, en mi despacho,
Desde que me levanté
Hay una invasion de bárbaros.
—¿Publicaste aquel artículo?
—Perdona, no me he acordado;
Con unas cosas y otras...
—Pues puede uno confiado
En tu amistad...

—Lo daré...

—Y ya saldrá trasnochado:
No tiene oportunidad...
Puedes darme...

—¿Qué he de darlo,

Si aún es la cuestion del día?

—Y dirán que yo he copiado
El pensamiento; no quiero
Me tomen por un plagiarlo:
Venga el artículo...

—Hombre,

Yo no he podido evitarlo.
Yo siento...

—Ya se conoce...

Cuando insertas mamarrachos
Como *Los hombres del día*...
Dicen que te habrán pagado
A tanto la línea...

—A mí...

—No te enfades, que eso es claro
Como la luz... Si decae
El periódico...

—Me canso

Ya de dar explicaciones...

—Abur.

—Beso á usted la mano.

VI.

—Señor Director...

—¿Quién vá?

—Es el chico de la imprenta:

Viene por original...

—Si yo mandé...

—Segun cuenta

Faltan siete galerines:

Se ha acabado la novela...

—Pues luego irá...

—Y además

Viene á recoger las pruebas.

—Si no las he corregido...

—Y á que diga usted la letra
De qué número ha de ser...

—Bien, dígame usted que vuelva...

—Si dice que tienen prisa,
Que están parados... ¿Espera?

—Que espere con mil demonios.

¡Á escribir! Con la cabeza

Entre tirios y troyanos

Endemoniada y revuelta,

Y luego buscarán arte,
Y luego buscarán ciencia
En lo que hace un periodista
Sin quietud y sin paciencia,
A vuela pluma, enviando
Las cuartillas á la imprenta.

VII.

—Señor Director...

—¿Qué hay

Otra vez?

—Es el correo.



—Veamos: yo no conozco
Esta letra, no recuerdo:
¿Qué dice? «Mi papaito,
Que quiere que yo haga versos,
Me suscribió á su periódico
Para publicar en ellos
Lo que escribiese; si usted
No los publica, lo dejo.»
¡Válgame Dios! Veamos otra.
«Usted alude en unos versos
Claramente á mi mujer,
Y le he de romper los huesos
Si vuelve á estampar su nombre,
Que es Bárbara.» Bueno es esto;
Su tocayo la defiende
Con valor: sigamos viendo:
«Me entregaron un recibo,
El mismo que le devuelvo,
Que yo no me suscribí
A un periódico tan feo,
Y pensé que era un regalo
El que usted me estaba haciendo.»
Veamos estas eminencias:

«Querido amigo: No puedo
Hacer lo que usted me encarga;
Me falta salud y tiempo.»
«Muy señor mío: imposible
Me es el cumplir su deseo;
Tengo un trabajo entre manos
Y retrasarlo no debo.»
«Señor mío: extraño mucho
Que colocase mis versos
Después de aquel mamarracho
A Roma por todo; esto
Me ofende en mi dignidad.»
¡Señor! ¡Y es esto talento!...

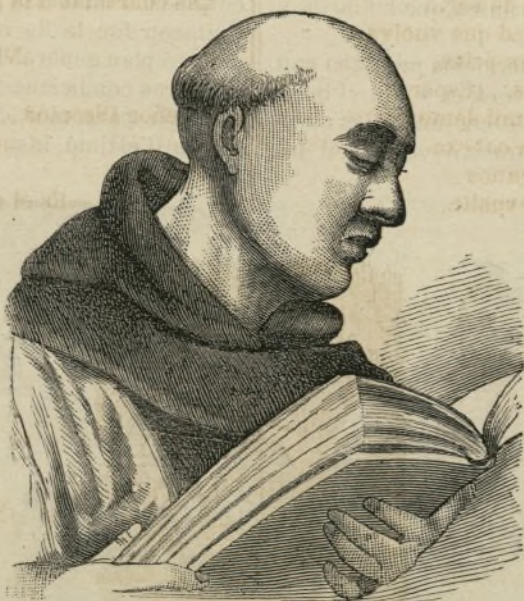
—

¿Seguimos? Inútil fuera,
Pues ya conoce el lector
Lo que sucede en cualquiera,
En cualquiera redaccion,
Y lo que sufre ese mártir
A quien llaman Director.

PATROCINIO DE BIEDMA.

Cádiz: 1881.

ESPAÑOLES ILUSTRES.



FR. ANTONIO DE VILLACASTIN.

En la historia de las grandes obras de la humanidad se hallan con frecuencia detalles preciosos que publican la omnipotencia del Creador, confundiendo á los hombres de más talento y á los reyes más poderosos con la humildad de los seres de quienes se vale para realizar sus designios.

La del Real Monasterio de San Lorenzo, llamado comunmente del Escorial, ofrece una prueba concluyente de este aserto, ofreciendo á nuestra consideracion, entre los gloriosos nombres de Felipe II y de Juan de Herrera, el modesto nombre de Fr. Antonio de Villacastin, quien más de una vez superó dificultades inaccesibles al poder del Monarca y al genio del artista, sin más estudios que los de un pobre corista lego y sin más títulos que el hábito religioso de la orden de San Jerónimo.

Era profeso en el monasterio de la Sisla de Toledo, y la obediencia le habia llevado á Yuste, donde tuvo ocasion de lucir su natural ingenio con motivo de las obras

que se hicieron en aquella casa para preparar la morada de Carlos V.

Vino al Escorial con los primeros monjes que tomaron posesion del Sitio, y tuvo el cargo de obrero mayor, para que como tal ayudase al arquitecto Juan Bautista de Toledo, y administrara la obra, desplegando tal inteligencia, celo y actividad, que los historiadores de aquella maravilla del universo no han vacilado en decir que su agente principal, su verdadera alma, era Fr. Antonio de Villacastin.

Solemnizóse, como era costumbre en aquel tiempo y aún lo es hoy, el asiento de la primera piedra, y el arquitecto mayor quiso honrar al lego invitándole para que ayudase á colocarla, en cuyo empeño le ayudaron los circunstantes; pero se excusó con su habitual modestia, diciéndoles jovialmente: *Asienten ellos la primera piedra, que yo para la postrera me guardo*. Imposible parecia que se cumpliera este propósito si se tiene en cuenta que Fr. Antonio habia ya trabajado, como he-

mos dicho, en la obra de Yuste, y la del Escorial se calculaba tan larga como era consiguiente á sus proporciones y dificultades; pero Fr. Antonio decia la verdad profetizando que aquella obra colosal habia de tener término ántes que su larga y laboriosa existencia.

Muchos y buenos servicios prestaba con su acertada administracion y con el buen órden que supo establecer entre los obremos, causando admiracion ver aquel in-

menso hormiguero de hombres moviéndose tan concertadamente que rara vez tenian ocasion de tropezar ni de retroceder; pero el genio del obrero lego estaba destinado á dar solucion á mayores dificultades. Una de las primeras que se presentaron fué la de modificacion del proyecto ó plan general de la obra, que en sus primeras condiciones no permitia cómoda estancia para más de cincuenta monjes. Felipe II estimó insuficiente este número



para la conservacion de tan vasto edificio y para la grandiosidad del culto que en él queria establecer, y se propuso doblarlo. Para esto era necesario duplicar todas las habitaciones y oficinas que á la comunidad se destinaban, y el rey consultó á Juan Bautista de Toledo y á otros arquitectos la modificacion del proyecto primitivo, adaptándolo á la mas fácil realizacion de su deseo.

No es difícil comprender que en aquella especie de certámen todos pretendian sobresalir, aguzando el ingenio para presentar soluciones originales y defendiendo

cada cual la suya con vivo interes. No faltó quien pretendiese variar de todo punto la primera planta, ni quien propusiera el aumento de claustros; pero ninguno acertaba á herir la dificultad, incluso el mismo Juan Bautista de Toledo.

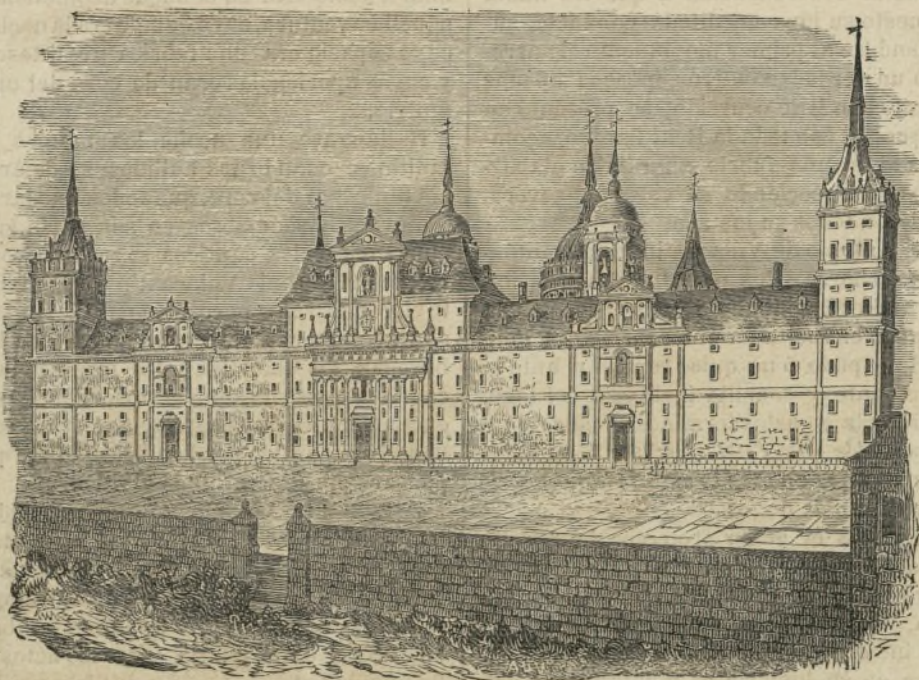
En este conflicto consultó Felipe II al inteligente lego, y no quedaron defraudados sus deseos, porque sin pretensiones, sin arrogancia, sin afectacion de ningún género, le hizo comprender cuán sencilla era la modificacion conservando la planta y proyecto de la obra, sin estrechar las habitaciones, sin aumentar los claustros

y hacer mezquinas las dependencias, elevando el edificio otro tanto más, supuesto que la solidez de sus cimientos lo permitía y su grandiosidad reclamaba, bajo el punto de vista artístico, esta elevación.

El consejo de Villacastin prevaleció, y á él se debe la conservación del proyecto de Juan Bautista de Toledo, mejorado sin duda alguna por la referida variante.

Siguieron los trabajos con todo el orden y actividad que permitían los recur-

sos allegados para su ejecución; pero aún cuando éstos no eran escasos, distaban mucho de satisfacer al rey, quien muchas veces contemplaba con pena los lentos progresos de aquella fábrica y la rapidez con que se deslizaban los años de su existencia, calculando, con razón, que no la vería terminada. Llamó á su presencia á los maestros aparejadores, á cuyo cargo estaban las cuadrillas de canteros, albañiles y peones, y les propuso la nueva dificultad



que quería vencer. Esta vez parecía imposible que el poderoso Monarca pudiera triunfar de una dificultad que descansaba en el límite de las fuerzas humanas. Todo lo que pudieron prometer los aparejadores era poner una hilada de piedras cada año en el contorno de la iglesia. La vida de Felipe II, aún cuando excediera algo de los límites naturales, era excesivamente corta para lograr el goce de la conclusión del templo.

Consultado Fr. Antonio de Villacastin, venció esta nueva dificultad, adelantándose bastante á las ideas de su siglo. *Si S. M. quiere ver pronto concluida la iglesia, que traiga muchos cabos.* Estas palabras del lego no fueron fácilmente entendidas, y

tuvo necesidad de explicar más claramente su pensamiento, reducido á proponer que se multiplicasen los maestros y se diera la obra á destajo. Aceptóse el consejo, y Felipe II pudo en adelante acariciar la esperanza que vería concluido aquel monumento de su grandeza que proponíase legar á la posteridad.

Crecía, como es consiguiente, el aprecio que el poderoso Monarca dispensó siempre al humilde lego, y no tardó éste en hallar ocasión de utilizarlo en bien de sus semejantes. Eran vizcainos la mayor parte de los canteros, y con motivo de haber sido reducidos á prision cuatro de ellos por el Alcalde mayor de la villa de San Lorenzo, amenazándoles con la pena de azotes, se

alborotaron sus compañeros, tratando de impedir por la fuerza la ejecución del castigo, lo que consiguieron obligando al Alcalde á emprender la fuga, poniendo en libertad á los presos y posesionándose de la villa.

Fr. Antonio de Villacastin trabajó cuanto pudo para contener á los amotinados, y despues que consiguieron la libertad de los presos, volvieron tranquilamente á su trabajo; pero no tardaron en comprender las horribles consecuencias á que les habia expuesto su impremeditada conducta, sucediéndose al primer movimiento de arrebató un verdadero terror, porque apénas supo Felipe II lo ocurrido, se presentó en el Escorial con toda la Real familia, acompañado de una fuerte guardia de alabarderos, y conociendo su carácter severo, temieron todos su justicia.

Fr. Antonio de Villacastin corrió entónces á echarse á los piés del Monarca implorando clemencia para sus obreros, y la arrancó envuelta en una sonrisa que Felipe II, no pudo ó no quiso reprimir, ante la vehemente y sencilla instancia del lego, formulada en estos terminos: *Señor, es indispensable que V. M. perdone á estos pobres, que no han pecado sino de hidalgos, de honrados y de necios.*

Parecia el genio protector de aquella obra, con la cual estaba tan identificado, que no parecia sino que habia nacido para ella, y apénas hay en su desenvolvimiento un incidente digno de mencion, que no lleve en su historia el nombre de Villacastin. Referiremos uno que preocupó á toda España y dió á conocer el temple de alma del lego obrero.

Comenzó á divulgarse la voz de que todas las noches aparecia en la nueva fábrica un enorme perro negro saltando por las gruas, andamios y pescantes, como si tuviera alas, arrastrando gruesas cadenas de hierro, y dando aullidos espantosos. Como los obreros eran muchos, y todos daban cuál más, cuál ménos noticias del suceso, se acreditó como verídico, y empezaron los comentarios á darle fornias supersticiosas y legendarias. Quién decia, que la voluntad de Dios se manifestaba allí reprobando el gasto de aquella obra donde se consumian las riquezas de dos

mundos; quién por el contrario llamaba al perro demonio que se oponia á la gloria de Dios, tan bien procurada y servida en aquella fábrica, y quién, por fin, veia en él un elocuente aviso por el recargo de la alcabala. Todos se prestaban fácilmente á comentar lo que aquel misterioso suceso significaba; pero ni los hombres de letras podian persuadir al vulgo de que sus cábalas supersticiosas carecian de fundamento, ni los hombres de armas se avenian á demostrar su denuedo acometiendo aquella aventura, cuyo tiempo era la noche, cuyo espacio era una fábrica gigantesca, y cuyas apariencias eran de cosa del otro mundo.

Hallábanse una noche los monjes en maitines, cuando los aullidos se dejaron oir tan cerca del coro, que todos quedaron inmóviles y silenciosos en sus sillas suspendiéndose los cánticos sagrados. Solamente Fr. Antonio Villacastin y otro monje tuvieron el valor necesario para levantarse y acometer la empresa de recorrer las bóvedas, los claustros y los jardines buscando la causa de aquella turbación, hasta encontrar un perro negro, que efectivamente andaba perdido por la fábrica dando qué pensar y qué decir á todo el reino.

Dotado Fr. Antonio de una actividad increíble, redactaba todas las contratas, cuidaba de los peones, era el sobrestante general, el que todo lo preparaba, sin que le faltara tiempo para hallarse tambien en el coro, en la iglesia y en los actos de la comunidad.

Llegó, por fin, el suspirado momento de colocarse la última piedra del edificio, para la cual se habia reservado veinte y dos años ántes el lego obrero, y tuvo efectivamente la satisfaccion de colocarla en presencia de Felipe II en 13 de Setiembre de 1584.

Terminada la obra del Monasterio y con ella la mision de Fr. Antonio Villacastin, desapareció su nombre de la historia de aquella verdadera maravilla, no sin dejar recuerdos suyos en todas partes. La última vez que debia escribirse, era sobre la losa destinada á cubrir su sepultura á la puerta de la celda donde vivia, y donde murió á la edad de noventa años cumplidos.



El poderoso Monarca y el humilde lego tuvieron por tumba la misma fábrica que fué para los dos objeto de tantos desvelos y de tantas emociones; pero sus respectivas sepulturas son tan diferentes como lo eran sus destinos; la de Felipe II está muy alta. Para contemplarla es necesario le-

vantar la cabeza. La de Fr. Antonio Villacastin está en el suelo; su lápida forma parte del pavimento de un claustro, prestando siempre un servicio humilde á los que transitan por él.

JOSÉ HERNANDEZ Y GONZALEZ.

ENIGMA.

Florece en la primavera de la vida como los árboles y las plantas en la primavera del año.

Flores del sentimiento, como las flores con sus límpidos colores y sus suaves y deliciosos perfumes embellecen la privilegiada estacion del año en que abren sus capullos, embellecen aquéllas la privilegiada estacion de la vida que se llama juventud.

Agóstanse al soplo de los ardorosos vientos de las pasiones, como al soplo del cierzo y el ábrego palidecen y se agostan los pétalos de las flores, há poco blancas como el ampo de la nieve, rojas como el encendido carmin.

Marchítanse en el otoño tambien como las flores, despues de habernos dejado abundante cosecha de

amargos frutos que se llaman desengaños.

Hasta aquí es completa la semejanza. Pasarán los hielos del invierno, volverá el claro sol de Abril á despertar la dormida naturaleza, con sus tibios rayos. A su benéfico influjo vestirán el traje de gala, árboles y plantas, selvas y praderas; pero ¡ah! el alma florece una sola vez. No volverán aquellas bellas flores de la juventud. La vida no tiene más que una primavera, su otoño es la vejez, su invierno el sepulcro.

¿Se enterrarán con el cuerpo ó volarán con ella á regiones más serenas esas flores del alma?

Todos estos pensamientos han acudido á mi mente, al ver crecer una flor sobre una tumba.

F. GOMEZ ERRUZ.

LAS LÁGRIMAS.

Las lágrimas de los niños
Salen pronto y los consuelan;
¡Las lágrimas de los hombres
Tardan en salir... y queman!
Las unas son el rocío
De cándida primavera,
Y las otras son del alma

Su rugidora tormenta.
Mis lágrimas ya se fueron,
Ya no es posible que vuelvan;
¡Ay! ¡si volviesen trocadas
En lágrimas de inocencia!

ANTONIO F. GRILO.

LOS MESES DEL AÑO.

Enero.—Esta palabra se deriva de la latina *Januarius*, que es el nombre con que los romanos designaban este mes por estar consagrado á Jano, el más antiguo de los reyes ó el primero de que hay noticia en Italia.

Febrero.—Esta palabra dimana de la latina *Februarius* con que los romanos designaban este mes, en el cual se verificaban las fiestas *Februales*. Consistían éstas en purificaciones y sacrificios para pedir á los dioses el descanso de los difuntos y de las almas que vagaban por las orillas de la laguna Estigia.

Marzo.—Se deriva de la palabra latina *Martius*, y ésta de *Mars* ó Marte, dios de la guerra á quien estaba consagrado el mes de Marzo. El primitivo calendario romano instituido por Rómulo, empezaba en este mes porque tenía la presunción de ser hijo de Marte.

Abril.—Derivase esta palabra de la latina *Aperire*, que significa *abrir*, porque en este mes la tierra abre su seno para ofrecernos sus ricas producciones, y porque las flores se abren también al sol de primavera.

Mayo.—Sobre la etimología de esta palabra hay varias opiniones: según unos, se deriva de la latina *Maia*, que era el nombre de la madre de Mercurio, y según otros de *Maius* ó de *Mayores*, nombre con que se designaba á los ancianos y senadores de la antigua Roma.

Junio.—Así como el mes de Mayo estaba dedicado á los ancianos, así el de Junio estaba consagrado á los jóvenes; la palabra

Junio se deriva de la latina *Juniores*, que significa jóvenes.

Julio.—Esta palabra se deriva de la latina *Julius*, que significa Julio. Habiáse distinguido este mes con el nombre de *Quintilis* en el antiguo calendario romano instituido por Rómulo; pero después le dieron el nombre de *Julio* en memoria de Julio César, muerto en uno de sus días.

Agosto.—Se deriva de la palabra latina *Augustus*, nombre que los romanos le dieron en memoria de Augusto César, ó que este emperador dispuso se diese en memoria de los triunfos que había obtenido en este mes. Anteriormente se llamaba *Sexilis*, porque era el sexto del calendario de Rómulo.

Setiembre.—Derivase de la palabra latina *September*, que expresa el séptimo lugar que ocupaba este mes en el antiguo calendario romano antes de que se fijase en Enero el principio del año.

Octubre.—La palabra *Octubre* se deriva de la latina *October*, que significa octavo, porque el mes ocupaba dicho lugar en el calendario romano.

Noviembre.—Derivase esta palabra de la latina *November*, con la cual daban á entender que el citado mes ocupaba el noveno lugar en el calendario romano.

Diciembre.—Esta palabra se deriva de la latina *December*, que significa décimo. En este mes y los otros anteriores, la denominación está tomada, como se ha visto, del lugar que ocupaban en el antiguo calendario romano, aunque hoy día sea nula esta denominación.

EL CARACOL.

(Traducción de Arnould.)

Sin amigos, sin familia,
Apegado á su mansion,
Donde intranquilo se esconde
Al más pequeño rumor;
Idólatra de sí mismo,
Pues siempre solo se vió,
Y hasta le dá pesadumbre
Que otro disfrute del sol;
Manchando con sucia baba

Todo cuanto deja en pos,
Y por el tallo royendo
La rosa que ve mejor,
Así viven y así mueren,
Sin dar á nadie aflicción,
En el mundo el egoísta,
Y en su concha el caracol.

MANUEL DEL PALACIO.



ACTUALIDADES.

El día 7 del corriente visitaron S. M. la Reina y SS. AA. RR. las Sermas. Infantas el Asilo de los hijos de lavanderas, piadosa fundacion de la ilustre y desgraciada Reina Doña María de la Victoria, junto á la puerta de San Vicente. Cada uno de los asilados fué socorrido en aquel acto con un pan de dos libras, fruta, un traje y diez reales. El espectáculo que ofrecia el Asilo durante la visita de las regias personas, era en alto grado conmovedor, y los vítores de entusiasmo y cariño del pueblo, reunido junto al Asilo, al salir de él la Reina, traducian sus cariñosos sentimientos para con la Familia Real.

El número de asilados se aproxima casi siempre á 200.

La Junta directiva de la Sociedad madrileña protectora de los animales y las plantas sigue activamente sus preparativos para la exposicion de la primavera próxima.

Muy interesante y necesario para los que abriguen dudas sobre el valor ortográfico de las palabras es el nuevo folleto *Guía de copistas* (anotaciones útiles para los escribientes, tipógrafos y litógrafos), de que es autor D. M. Rodríguez Navas. En la librería de Escribano, calle del Principe, 25, se vende este trabajito al precio de una peseta ejemplar.

El año de 1881 constituye una verdadera curiosidad matemática. De derecha á izquierda y de izquierda á derecha, es lo mismo: 18 dividido por 2, da 9; 81 dividido por 9, da 9. Si 1881 se divide por 209, da tambien 9, si se divide por 9, el cociente contiene un 9; si se multiplica por 9, el producto contiene dos 9; 1 y 8 son 9; 8 y 1 son 9. Si el 18 se coloca debajo del 81 y se suman, la suma será 99. Si los números del año se suman de esta manera: 1, 8, 8, 1, darán 18. Leyendo de izquierda á derecha,

es 18; y leyendo de derecha á izquierda, es 18, y 18 es las dos novenas partes de 81. Sumando, dividiendo, se obtienen diez y nueve 99.

Pocas son las novedades ofrecidas por los teatros durante los últimos dias. En el de la Comedia se ha verificado el beneficio del eminente dramático D. Antonio García Gutierrez, habiéndose conseguido triunfar de su modestia y verle en el palco escénico, donde se le ofrecieron diferentes coronas, y se leyeron varias poesias en honra del autor de *El grano de arena*.

El teatro Español ha variado mucho sus carteles, sobresaliendo la excelente compañía que en él actúa en *El desden con el desden*, de Moreto, y el bello drama *Angel*, original del Sr. Santero. El empresario señor Ducazcal, que tambien lo es de la Zarzuela, consigue tener lleno este último teatro, donde se cantan y representan obritas ligeras por Mariano Fernandez, José García, Mesejo, Bosh y Rihuet. El favor que obtiene este coliseo comprueba que el público prefiere al trágico coturno la sandalia cómica.

SOLUCIONES Á LOS JUEGOS DE IMAGINACION DEL NÚMERO ANTERIOR.

Charadas. I. *Calvo*.—II. *Canario*.—III. *Canalla*.

Fuga de consonantes. Feliz entrada de año, suscritores;—que no sufráis en él rudos dolores;—que en todo exámen seáis sobresalientes—y admiracion y ejemplo de las gentes.

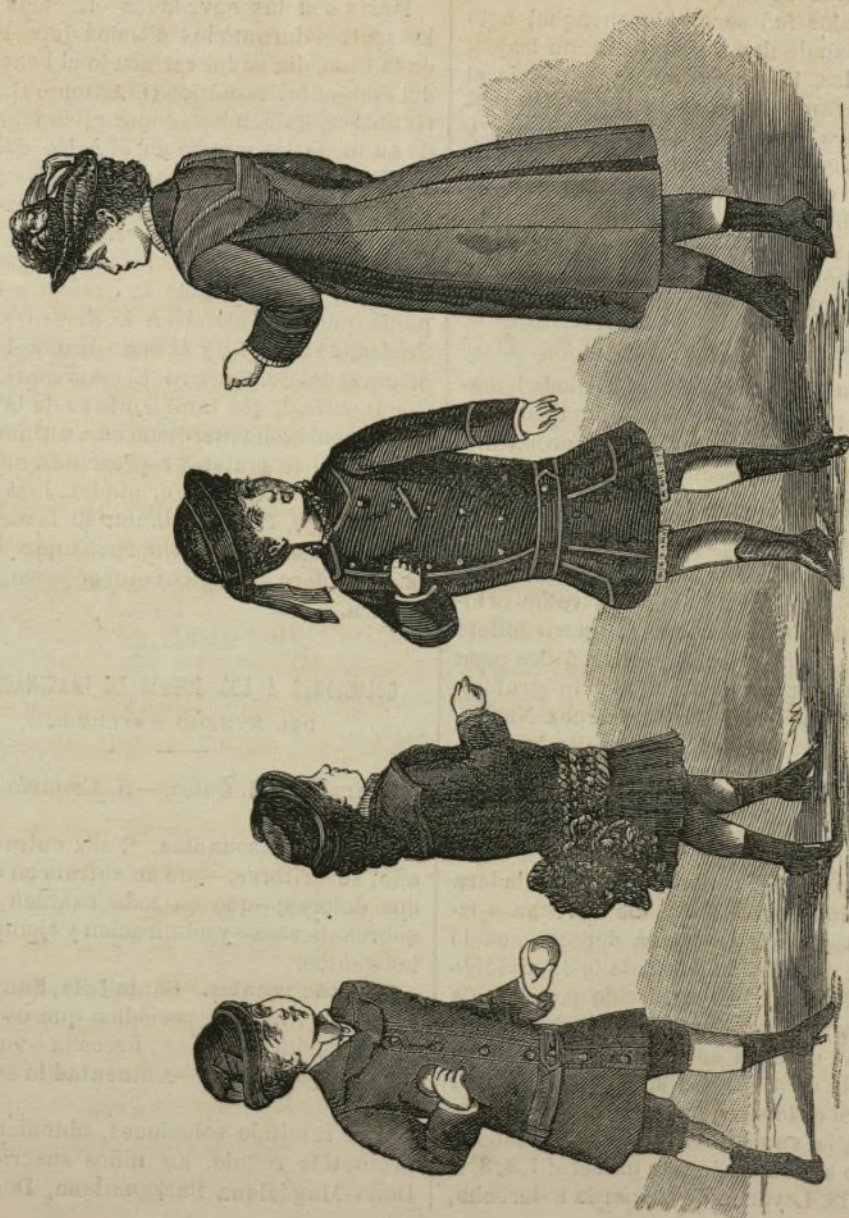
Fuga de vocales. Santa Rita, Santa Rita, Santa Rita,—el periódico que os mando—necesita, necesita, necesita—vuestra amable proteccion.—Aumentad la suscripcion.

Han remitido soluciones, obteniendo el prometido regalo, los niños suscritores: Doña Magdalena Barzanallana, Doña Je-

susa y Doña Encarnacion de Granda, Doña Soledad Martinez, Doña Mercedes Capo D. Francisco Pedro Garcia, D. Felipe Gomez Acebo y D. Juan Moya, de Madrid; Doña Dolores Gomez, de Villarrubia de Santiago; Don Francisco de A. Fernandez de Heredia y D. Tomás Alonso de Armiño, de Vitoria; D. Alejandro Harmsen y Bas-

secourt, de Alicante; D. Andrés Luis Cano, de San Roque; D. Ramon Bellido, de la Coruña; D. Francisco Durán, de Granada, y D. Miguel Rives Maupoey, de Mora de Rubielos.

Otras soluciones hemos recibido; pero los autores de las mismas no figuran en nuestras listas de suscripcion.



MODAS DE NIÑOS.